

LA NUEVA LITERATURA ESPAÑOLA

“**L**OS PÁJAROS de mal agüero, al afirmar que, en España, la literatura había desaparecido con la República, han dado pruebas de un apresuramiento excesivo o han tomado sus deseos por realidades”, concluía Maurice E. Coindreau tras analizar detenidamente el panorama de nuestra más reciente producción literaria. Después de un período de tres lustros, durante el que era tópico decir que la cultura española había muerto, su sorpresa era la misma que la de los núcleos hispanistas del extranjero al enfrentarse con nuestra nueva poesía, o la de millares de espectadores de todo el mundo ante el estreno de las películas de Bardem.

Su prejuicio —preciso es reconocerlo— no dejaba de estar bien justificado. Muertos Lorca, Machado, Hernández, exilados los demás escritores importantes, se abría ante los jóvenes intelectuales, un vacío difícil de colmar. Por otra parte, la guerra mundial, primero, el bloqueo internacional, después, aislándonos del resto del mundo, contribuían a crear una situación de anormalidad, cuyos efectos, todavía, padecemos.

En estas condiciones nadie podía prever que una nueva generación, ajena, por razones de edad, al episodio de la lucha civil, iba a superar el corte provocado por ésta y afirmarse en cuanto tal, en todos los órdenes de la vida cultural del país, con un vivo afán de renovación y de crítica.

Y, sin embargo, esto es lo que ha ocurrido. A una generación idealista, exaltadora de los valores espirituales y patrióticos, pero alejada más o menos de la realidad, ha sucedido otra violentamente inconformista, definida por su preocupación por lo real.

La historia de los últimos veinte años podría resumirse en la descripción de un doble proceso: por un lado, el derrumbamiento progresivo de los ideales de la generación de la guerra; por otro, el lento despertar de una conciencia crítica entre los escritores de las promociones más jóvenes.

El primer proceso se desarrolla en varias etapas fácilmente delimitables que van desde la exaltación militar y mesiánica de mil novecientos treinta y nueve, hasta el ansia de evasión, la nostalgia y la melancolía de estos últimos años.

Concluida la lucha con la victoria de los ejércitos nacionales, se abre un período de fervor guerrero y patriótico que produce novelas como *La fiel infantería* de García Serrano, películas como *Raza* y *Sin novedad en el Alcázar* y una buena docena de obras de teatro, exaltadoras del espíritu e ideales de la cruzada. Era el momento en el que el público interrumpía con sus vítores la proyección de *Escuadrilla* y, después de haber compuesto encendidas *Odas a la guerra*, los escritores combatientes agrupados en torno a la revista *Jerarquía* saludaban con el mismo entusiasmo el alegre advenimiento de la paz.

A esta primera etapa guerrera sucede, en mil novecientos cuarenta y dos, un largo período de evocación de los temas históricos, heroicos e imperiales. Giménez Caballero, Luys de Santamarina, hacen retroceder cuatro siglos el calendario

Por Juan GOYTISOLO

español, sus héroes son conquistadores y aventureros partidos al Nuevo Mundo, soldados de los Tercios de Flandes. Los poetas cantan la Gloria de Dios y la inmortalidad del alma en sonetos dignos del mejor Garcilaso, y los escenarios y pantallas se pueblan de pelucas, armaduras y castillos de cartón piedra: es la época del éxito delirante de *Locura de amor*, de *Agustina de Aragón*, de *Alba de América*...

A partir de mil novecientos cincuenta —y coincidiendo con el despertar de la joven generación— se inicia un movimiento de abandono del tema histórico por



“muerto Miguel Hernández”

parte de los mismos dramaturgos, escritores y cineastas que, hasta entonces, lo utilizaban. Una inquietud profunda corroe a los intelectuales de esta generación; aislados de la realidad del país, sin raíces, comienzan a darse cuenta de que a su alrededor, ocurren cosas importantes, quizá —se dicen, con angustia— las únicas verdaderamente importantes.

Sus viejas ilusiones se han desvanecido —al poeta que veinte años antes saludaba el *paso alegre de la paz*, responde otro hombre de su generación, el novelista Emilio Romero, ganador del último Premio Planeta: *La paz empieza nunca* — Y huyendo una vez más de lo real se evaden en la *nostalgia del pasado*, en la *melancolía del tiempo muerto*...

Los libros de Luys de Santamarina rememoran sus amoríos juveniles; los poemas religiosos e imperiales se tornan intimistas y caseros. Al teatro y al cine de pelucas sucede la explotación comercial de la época del cuplé, de los “felices veinte”: *El último cuplé*, *Adónde vas Alfonso XII*, *los felices tiempos del cuplé*, etc. Y las mismas voces broncas que proclamaban antes la Vocación Universal de España y la Voluntad de Imperio, se elevan, ahora, plañideras, para decir: *Volvamos al novecientos... Salvemos la zarzuela*...

Pero los jóvenes que entretanto, han descubierto la realidad de su país, no las escuchan ya. La vida española sigue su curso y, lentamente, venciendo toda

clase de incomprensiones y obstáculos, una nueva generación intelectual ha aparecido en la escena.

La *prise de conscience* de ésta ha seguido un camino exactamente contrario. Después de un período de ocho o diez años durante el cual —desde su punto de vista— la vida artística y literaria conoce un verdadero eclipse —una de las raras novelas de interés aparecida en estos años, se titula, significativamente, *Nada*— se inicia en el bienio 1950-52, un proceso de efervescencia que, limitado, primero, a la poesía, se extiende luego al cine, a la novela y al ensayo.

Los obstáculos que se oponían a este movimiento derivaban, en primer lugar, de la influencia funesta de las teorías de Ortega sobre la deshumanización del arte. Olvidando, en efecto, que sólo al nacionalizarse adquiere una literatura interés universal, los escritores de las generaciones anteriores —la modernista y la de la dictadura— pretendían elevarse al rango de lo universal desnacionalizándose. Había que revisar, pues, totalmente, nuestra idea de literatura. Para volver a ser universal nuestra novela y nuestro cine, teatro, poesía y ensayo, debían españolizarse. Para reanudar el contacto con el público debían esforzarse en reflejar la vida del hombre español contemporáneo.

La situación existente en nuestro país nos imponía, en segundo lugar, la búsqueda de una técnica adecuada para conseguir tal objetivo, parecida a la empleada por Vittorini y los directores de cine italianos quince años antes. Habitudo a la buena conciencia de dos lustros de conformismo, el público español no pedía que se le reflejara tal cual es, sino tal como cree ser y, poco a poco —novelistas, poetas o directores de cine— comprendimos que nuestro deber elemental consistía en *ser malos*.

Tales descubrimientos no los verificamos, como es natural, de la noche a la mañana. La herencia de tantos años de conformismo pesaba duramente sobre nosotros, y el paso de lo abstracto a lo concreto, del deseo de describir la realidad, al de modificarla, se realizó de diferente manera en cada caso.



“un vacío difícil de colmar”

Los primeros en reaccionar fueron los poetas. Al gargarismo retórico y hueco de la generación precedente, Eugenio de Nora, Blas de Otero, Gabriel Celaya oponen una preocupación por lo concreto: los problemas de orden social o, simplemente humano. Así, Blas de Otero dedica su libro *Pido la paz y la palabra* a la "inmensa mayoría" y por su lenguaje e intenciones, su poesía entronca con la tradición nacional de Hernández y Machado.

Poco más tarde, asistimos al nacimiento del cine. Realizado en 1952 con escasos medios, *Bienvenido Mr. Marshall* reveló el nombre de dos directores jóvenes: Bardem y Berlanga. El éxito mundial obtenido después por films como *Muerte de un ciclista*, *Calabuig* y *Calle mayor* es demasiado reciente y su significación e intenciones son tan claros, que hacen superfluos todos los comentarios.

Con algún retraso, el proceso se inicia, también, en la novela. La década anterior había descubierto a un escritor de talento, Camilo José Cela, autor de *La familia de Pascual Duarte*; pero no es esta obra, sino *La colmena*, publicada en 1952, en Buenos Aires, la que debía imponer su nombre entre los jóvenes. Retratando con crudeza el Madrid de después de la guerra civil, abordaba por primera vez, con un doble rigor crítico y técnico, una zona hasta entonces tabú de la vida española contemporánea.

Su audacia debía sentar escuela y, a partir de *La colmena*, son muchos los novelistas que, con mayor o menor fortuna, se enfrentan a la problemática de lo real, de lo cotidiano. Nos contentaremos con señalar a dos, cuyo renombre empieza ya a rebasar nuestras fronteras: Rafael Sánchez Ferlosio, cuya novela *El Jarama* es un retrato cruel de un gran sector de la juventud de hoy, carente de ambiciones e ideales, y Jesús Fernández Santos, cronista de la pobreza del campo español, en su obra *Los bravos*.

Después de la publicación de *Notas sobre literatura española contemporánea* y *La hora del lector*, de José María Castellet, el ensayo, sale, asimismo, de su letargo. Un número sin cesar creciente de jóvenes analiza, estos últimos años, los diferentes aspectos de la vida cultural y social del país: Eduardo Ducay, Aranguren, Miguel Sánchez Mazas, etc.

En el teatro, por el contrario, el proceso no se ha iniciado aún y la escena española arrastra una existencia penosa, ahogada entre folletines, sainetes y farsas. Sin embargo, el interés creciente por el mejor teatro extranjero —Brecht, Miller, Sartre, etc.—, nos hace creer que el eclipse es sólo provisional y que los jóvenes autores buscan, en silencio, la forma de entroncar la rica tradición dramática española con las exigencias, temáticas y técnicas, del teatro moderno.

Tal es, en líneas generales, el balance de nuestra situación actual. Dos generaciones de autores, con dos maneras diametralmente opuestas de concebir la vida, se disputan todavía la escena: una joven, cada vez más segura de sí misma; otra, desengañada y en franco retroceso. Y, aunque la evolución de una y otra no ha concluido aún, no resulta exagerado decir que nadie espera nada ya de ésta y que, quiéranlo o no nuestros mayores, se acerca ya —y se impone— la hora del relevo.

INTRODUCCION A LA LECTURA DE JORGE LUKACS

Por Emilio URANGA

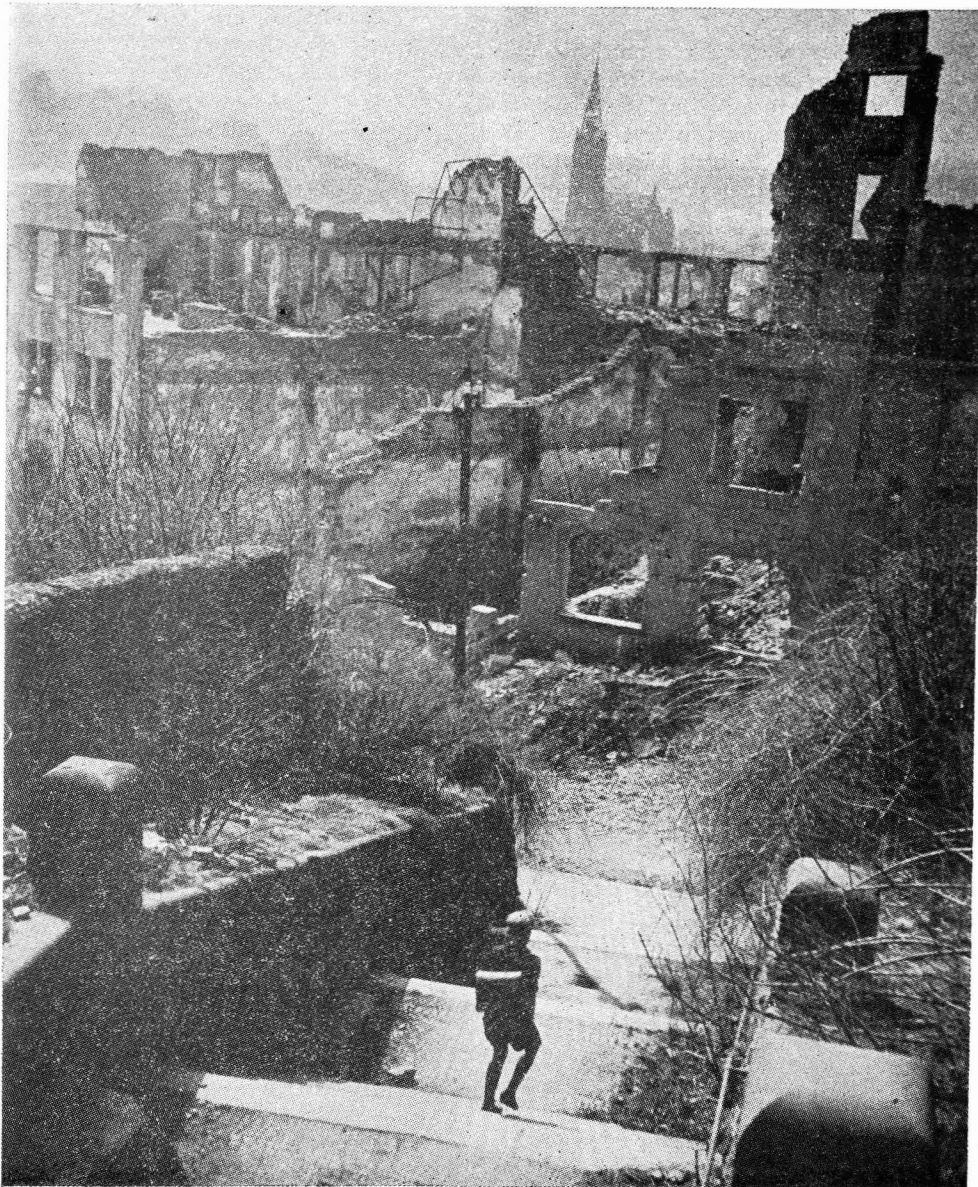
EL AMBIENTE DE SU ENSEÑANZA

"VOY A ALEMANIA para ver a los alemanes convertidos y regenerados; no me quiero perder el espectáculo de una nación que se arrepiente y echa andar por el buen camino. La catarsis de un pueblo es peripecia de tal dimensión que de palparse compensará la fatiga de un largo viaje." Y empujado por la lógica de su propio sistema, y fortalecido por algunas insinuaciones, largamente meditadas, de Karl Jaspers, mi amigo hizo sus maletas, tomó el avión y se plantó en Alemania.

"¡Pero cuál no fue mi decepción!", escribía unas semanas después de su arribo

a la tierra prometida. "En vez de topar con un pueblo arrepentido, y de que mis paseos y excursiones se vieran entorpecidos por caravanas de penitentes que recorrieran los caminos en manifestación de arrepentimiento, me parecía que tras de todos aquellos buenos y alegres burgueses apenas si se daba ya pena para emboscarse el antiguo nazi, que afloraba a la superficie y se exhibía." Y más adelante añadía en tono de reflexión: "Alemania deja en el espíritu el amargo sabor de un fruto incorregible. Después de la última poda todos esperábamos, con infundada esperanza, que de sus ruinas resurgiría un pueblo fortalecido por el arrepentimiento y regenerado por la experiencia. ¡No ha sido así! Echando al olvido todas las invitaciones a una reforma, Alemania ha preferido, después de diez años de reconstrucción, encumbrar al comerciante sagaz que hay en todo buen burgués. El milagro de su recuperación se ha operado, pero es simplemente un milagro alemán, no un milagro moral."

Poco después el tono de sus confesiones cambió súbitamente. "He caído, por pura casualidad, en medio de otra Alemania. La luz me vino de Oriente. Me desperezo apenas y no me dejo arrebatar con facilidad, pero indudablemente el tono moral es otro en la Alemania del Este. Hace poco hablaba con un católico,



"de sus ruinas resurgiría un pueblo fortalecido"